

sus casas unos templillos de plata, en cuyo centro iba colocada la estatua de la diosa. Un tal Demetrio, platero de profesion, que tenia mucho despacho de estos templillos, y que empleaba en estas obras un gran número de oficiales que se mantenian de este trabajo, conoció que si la doctrina de Pablo se generalizaba, como él lo temia, cesaria esta ganancia, y tanto él como sus obreros se hallarian sin trabajo y perecerian de hambre. Para conjurar la que él miraba como una tempestad, los reunió, hizo presente el peligro en que se hallaban, y todos convinieron en que era grande, y que Pablo era la causa de su desgracia. Vosotros sabeis, les dijo, que nosotros nos mantenemos de esto, y no ignorais que este Pablo, en casi toda el Asia, persuade y convence á la multitud de que no son dioses los que se hacen por las manos de los hombres, por lo cual, no solo hay peligro de que nuestra profesion pare en descrédito, sino de que sea tenido en nada el templo de la gran Diana, y venga por tierra la majestad de aquella á quien adoran el Asia y todo el mundo.

Quando oyeron esto los oficiales, se llenaron de furor, y gritaron diciendo y repitiendo : ¡ Gran Diana de Efeso ! Y toda la ciudad se puso en confusion. Todos corrieron en tumulto al teatro, llevándose por delante á Gayo y Aristarco, dos compañeros de san Pablo que encontraron en el camino. San Pablo, que luego supo lo que pasaba, corrió al teatro y quiso hablar al pueblo, ¡ tanta confianza tenia en la virtud de sus Efesenos ! pero no se lo permitieron los discípulos, temiendo que le despedazase el tumulto ; tambien algunos de los príncipes del Asia, que eran sus amigos, le enviaron á decir con ruegos : que no se dejase ver en el teatro, porque era grande la confusion, y lo mas no sabian porqué se habian juntado. Los Judíos quisieron que hablase á los alborotados un tal Alejandro de su nacion, hombre elocuente y de consideracion entre ellos, para que cesase el motin. Este pidió silencio con la mano y trataba de apaciguar al

pueblo, pero luego que supieron que era Judío, todos á una gritaron mas alto que antes, casi por dos horas : ¡ Gran Diana de Efeso !!! ¡ Gran Diana de Efeso !!! Al cabo de este tiempo, el procurador de la ciudad, habiendo conseguido sosegar las turbas, les dijo : Varones de Efeso, lo que os importa es aquietaros y no hacer alguna temeridad. Habeis traído á estos hombres, que ni son sacrilegos, ni han blasfemado contra vuestra diosa ; y si Demetrio y sus oficiales tienen alguna cosa contra alguno, audiencia pública hay, acúsenle ante ella los unos á los otros ; y si teneis que demandar alguna otra cosa, se podrá despachar en legítimo ayuntamiento. Y con esto cesó el alboroto y se deshizo el tumulto.

Va san Pablo á llevar limosnas á Jerusalem.

Aunque era muy grande el número de los cristianos de Efeso, como en los motines, segun hemos dicho otras muchas veces, son los malos los que mas figuran, parecia que toda la ciudad estaba tumultuada, aunque no fuese sino un corto número. Los amigos de san Pablo no quisieron exponer á su querido maestro al furor de los alborotados, y no solo se opusieron á que se presentase en el teatro, sino que procuraron que saliese de Efeso. En efecto el santo apóstol salió de esta ciudad hácia la fiesta de Pentecostes, por principios de junio de este año, que era el cincuenta y cuatro de Jesucristo ; recorrió y visitó sus queridas Iglesias de Macedonia, Tesalónica, Berea y Filipos, y gastó en esta visita casi seis meses, llevándose consigo á Lúcas, que habia dejado en Filipos hacia ya algun tiempo. Su principal consuelo en este viaje fué encontrar á los cristianos de estas antiguas Iglesias llenos de paz y de fervor, y tan dispuestos como siempre á sacrificar sus bienes á las necesidades de los pobres. Recogió cuantiosas limosnas que le ofreció la caridad de los fieles, y se dirigió (ejerciendo tambien

en el camino esta obra de misericordia) á Jerusalem, adonde llevó un considerable socorro á los hermanos que vivían en aquella Iglesia á expensas de la caridad.

Carta segunda de san Pablo á los Corintios.

Miraba san Pablo á su Iglesia de Corinto, como una casta Esposa destinada á ser de las mas amadas del Cordero. Estaba santamente celoso de su hermosura, y cuidaba de ella con gran desvelo. Hallándose ausente, y no pudiendo dirigirla personalmente, hizo tiempo bastante, entre los muchos afanes que le ocupaban en la visita de tantas y tan numerosas Iglesias, para dirigirla, como hemos dicho, una segunda carta que hablase por él en su ausencia. Esta carta es tierna, viva y elocuente; es respetuosa y sumisa, pero algunas veces es tambien alta y amenazadora. Jamás es soberbia, pero tampoco es baja. En ella se conoce que es un maestro y un padre el que escribe, pero un maestro que quiere enseñar y corregir, y un padre que no quiere contristar. Un maestro que no toma en su carta el tono de autoridad sino para no tener que manifestar, cuando esté presente, otro carácter que el del mas indulgente y tierno de todos los padres. No, no saben los hombres escribir de este modo. Solo el Espíritu de Dios, cuando anima á sus ministros, es el que puede enseñar este estilo y sugerir este lenguaje.

Carta á los Romanos, en la que dice que ha de ir á España.

Aunque la edad de san Pablo no llegaba todavía á los cincuenta años, estaba tan consumido con la multitud de las fatigas y trabajos de su ministerio, que no contaba con mucho tiempo de vida, y como tenia siempre en su memoria el viaje á Roma, á aquella numerosa y dichosa ciudad que habia de ser la capital del orbe cristiano, ya

que al presente no podia verla, determinó escribir una carta á los cristianos que ya habia en ella. Muchos amigos y discípulos del apóstol, como Aquila y Priscila; sus muy amados compañeros, Andrónico y Junias, que habian sido sus concautivos por la fe, y que eran cristianos mas antiguos que él mismo; un número considerable de mujeres virtuosas que habian servido á la religion segun su disposicion y sus facultades... todos estos se habian trasladado ya á Roma, aprovechándose de las ocasiones que se presentaban para ir á establecerse en ella. La carta del apóstol fué dirigida á todos los Romanos, ya fuesen convertidos del judaismo, ó ya del gentilismo, pero principalmente á sus antiguos amigos. Está escrita en Corinto por su amanuense Tercio, al partir para Macedonia. Cuando hiciere, les dice en ella, mi camino para España, espero veros al paso, y que despues de haber disfrutado algun tanto de vuestra vista, me acompañaréis hasta allá (hasta España).

Pruebas de este viaje.

De esta carta de san Pablo á los Romanos, y de la de san Clemente á los Corintios, en la que dice este santo pontífice que san Pablo predicó el Evangelio en el oriente y en las extremidades del occidente, resulta que san Pablo vino á predicar á España la fe de Jesucristo, y así lo afirma san Atanasio, san Círculo de Jerusalem, san Epifanio, el Crisóstomo, san Jerónimo y otros muchos santos Padres. Mas ahora, continúa san Pablo diciendo á los Romanos, me dirijo á Jerusalem á servir á los santos (á los fieles que se habian empobrecido voluntariamente, vendiendo sus bienes, como queda dicho), porque en Macedonia y Acaya han tenido á bien hacer una colecta ó coleccion de limosnas para los pobres de entre los santos que estan en Jerusalem; y cuando yo haya cumplido con esto, y entregado este fruto precioso de la caridad,

iré á España, pasando por ahí; y vendré á vosotros en abundancia de bendición del Evangelio de Cristo. Os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo, y por el amor del Espíritu Santo, que me ayudeis con vuestras oraciones por mí á Dios, para que me libre de los enemigos que hay en Judea, y llegue aceptable á los santos de Jerusalem la ofrenda de mi servicio para que yo venga á vosotros con gozo por la voluntad de Dios y sea recreado con vosotros. El Dios de la paz sea con todos vosotros. Amen. San Pablo concluyó su carta á los Romanos con este modo que debía servir de modelo á todos los cristianos, en vez de esos modos paganos con que generalmente principian y concluyen las suyas en el día.

Dificultad del viaje de san Pablo de Corinto á Jerusalem y á Roma.

El célebre viaje del apóstol de las gentes á Jerusalem y de Jerusalem á Roma estaba ya dispuesto y nada parecía que le estorbaba. Sin embargo los enemigos de san Pablo trataron de trastornarle, y estuvo en poco que no lo consiguiesen. Iban con san Pablo Sopatro de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Cayo de Derbe, Tichico y Trofimo de Efeso, diputados todos de sus respectivas ciudades y portadores de las limosnas de sus distritos. Todos acudieron á Corinto, donde tenían determinado embarcarse, y cuando estaban ya para hacerse á la vela, fueron avisados, que los Judíos, enemigos irreconciliables de san Pablo, trataban de aprovechar esta ocasion para deshacerse de él. Habian dispuesto embarcar en la misma nave asesinos que le matasen allí mismo, y en el caso de no conseguirlo, esperaban lograrlo por medio de otros asesinos que habian enviado á los puertos por donde habia de pasar el apóstol. Era san Pablo muy firme en sus resoluciones, y no se presentaba fácil hacerle volver atrás, pero tampoco era temerario. Persistía en la resolu-

cion de llevar adelante su camino, mas sus amigos le persuadieron que debía variarle, trastornando así los proyectos homicidas de sus enemigos. Una vez persuadido, hizo que sus compañeros tomasen la delantera y le esperasen en Troade; y él acompañado solamente de su amado Lucas, volvió á atravesar toda la Macedonia, y huyendo el encuentro de sus enemigos, arribó á Filipos. Luego que formó su resolución de rodear la Macedonia, creyó que podía ver á Timoteo, su hijo amado en Jesucristo, y tener el consuelo de hablarle y darle las reglas que en general forman un obispo perfecto. No le proporcionó este placer su viaje, y entonces determinó escribirle una carta, que fué la primera de las dos con que honró á este su querido discípulo, para suplir por ella las dulces y edificantes conversaciones que pensaba tener con él en su visita. Estaba destinado san Pablo, no solo para ser el Doctor de los gentiles, sino tambien para ser el ejemplar de los obispos, y la carta que escribió á Timoteo es una obra consumada para esto.

Llega san Pablo con san Lucas á Troade.

Habiendo llegado el apóstol á Filipos, creyó que á pesar de las continuas calumnias, que no cesaban de publicar contra él los discípulos de Moises, debía permanecer allí y guardar reposo por respeto á la fiesta de los Ázimos, hasta que se concluyese, para que no tuviesen que decirle que no guardaba la ley, en cuanto podía hacerlo sin perjuicio de su conciencia y sin extraviar á los cristianos de la gentilidad. Despues de concluidos los Ázimos, se embarcó san Pablo con Lucas, y en cinco dias llegaron á Troade, donde encontró el resto de los compañeros, que le esperaban allí segun habian convenido. Siete dias pasaron reunidos en Troade, no pudiendo negarse á las instancias de los fieles que deseaban con ansia retenerlos en su compañía; pero el apóstol queria llegar á Jerusa-

len antes de la Pascua de Pentecostes, y á este fin señaló el día veinte y uno de abril para la salida de Troade, y todos sus compañeros se juntaron en la casa donde se habia alojado el apóstol para seguir reunidos su viaje. Los cristianos de Troade, luego que supieron que el apóstol y sus compañeros habian de salir para Jerusalem la mañana siguiente, se reunieron en gran número en el alojamiento de san Pablo, ya para la fraccion del pan, y ya para despedirse de su querido apóstol. Este, lleno de fervor, hizo en aquella noche exhortaciones muy tiernas para prepararles á la sagrada Comunion, y dejándose llevar de su celo, alargó sus lecciones hasta la media noche. Habia una multitud de lámparas en el cenáculo en que estaban congregados (no tanto para la comodidad de los presentes, cuanto para el adorno del cenáculo y decoro del santísimo Sacramento).

**Cayendo el jóven Eutiquio de una ventana se mató,
y san Pablo le resucita.**

Un jóven, llamado Eutiquio, se habia sentado sobre una ventana para oír á san Pablo; pero como se alargase el sermón, se apoderó el sueño de él, y cayendo desde el tercer alto de la casa en el patio, quedó muerto del golpe. El caso era demasiado lastimoso, y la pena de los concurrentes fué grande. Todos estaban llenos de sentimiento, y san Pablo, como principal interesado en este triste suceso, era el mas afligido. Todos corrieron á socorrerle, mas san Pablo voló en alas de su caridad á registrar su lastimosa víctima y favorecerla si aun podia ser socorrida. Abrazó y besó el desgraciado jóven y registró sus heridas; y lo mismo hicieron los demás concurrentes, pero no les quedó la menor esperanza de poder favorecerle con las medicinas de la tierra, porque le hallaron muerto. Entonces recurrió san Pablo á las del Cielo. Puso en él su confianza, y por una inspiracion del Señor, se arrojó,

como otro Eliséo, sobre el cadáver, se midió con él, y levantándose, dijo: Nadie se turbe, que su alma está ya en él. Y luego se levantó el jóven enteramente sano. El apóstol habia de hacer la fraccion del pan antes de su salida, que ya se llegaba. ¿Y quién podrá explicar el fervor con que los cristianos harian esta Comunion que recibian de la mano de un apóstol que resucitaba los muertos? Estaba este ardiendo en el fuego del agradecimiento al Señor, y despues de haberles preparado por tanto tiempo para la Comunion, no cesó de exhortarles á las acciones de gracias mas fervorosas hasta el momento de su partida, que fué en la mañana siguiente, de modo que pasaron media noche en prepararse para la Comunion, y otra media en dar gracias. ¡Feliz Comunion!

Caminando ya el apóstol desde Troade al puerto de Ason, fué detenido por uno de los mas tiernos espectáculos que pueden presentarse á un corazon bienhechor. El piadoso Eutiquio, que vencido del sueño cayó del tercer alto de la casa donde estaba la cengregacion de los fieles, y habia quedado muerto en caida, y resucitado por san Pablo, fué presentado al apóstol por toda su familia, que derramando con el jóven las mas tiernas lágrimas de agradecimiento, habian venido á presentarle aquel hijo de su intercesion y su amor. Debió ser de mucho consuelo al apóstol esta presentacion; y se cree que el hijo resucitado siguió á su segundo padre, como uno de los mas fervorosos discipulos.

Despedida de san Pablo de la Iglesia de Efeso.

Cuando hubo llegado san Pablo al puerto de Ason, se entró en el navío con los demás compañeros y dirigieron su rumbo á Mitilene, capital de la isla de Lesbos; continuaron á Chio, y pasando al lado de esta plaza el día tercero de haberse embarcado, llegaron el cuarto á Samos, y el siguiente á Mileto, que era el término de su

desembarque. Con la mayor facilidad pudieran hacerle en Efeso, pero llevaba san Pablo muy en su corazón llegar á Jerusalem antes de la Pascua y celebrarla en ella. Sin embargo, por limitado que fuese su tiempo, no quiso privarse del consuelo de despedirse de los obispos y presbíteros de la floreciente Iglesia de Efeso y de dar un tierno y acaso último á Dios á los que habia engendrado en Jesucristo y alimentado con sus trabajos y lágrimas. Para esto envió desde Mileto á Efeso una comision, compuesta de sus principales discípulos, suplicando á los obispos, á los ancianos y demás de aquella preciosa Iglesia, que viniesen á despedirse del padre de su fe y del pastor de su alma. Era esta una de aquellas despedidas que hace de sus hijos un padre lleno de ternura en los últimos momentos de su vida, en la que dice cosas que se imprimen profundamente en el alma y que jamás se olvidan.

Cuando tuvo en rededor de sí aquella hermosa Iglesia, sabeis les dijo, la conducta que he guardado con vosotros desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con humildad y con lágrimas, y con tentaciones que han venido sobre mí por parte de los Judíos; y que nada he dejado de advertiros de cuanto os pudiera ser útil, enseñándoos en público y hasta en vuestras mismas casas, y predicando á todos, Judíos y gentiles, la conversion á Dios por la penitencia y la fe en nuestro Señor Jesucristo; y ahora ved que voy, como atado por espíritu, á Jerusalem, sin saber las cosas que hallí me han de suceder, sino que el Espíritu Santo me protesta por todas las ciudades, diciendo: que en Jerusalem me esperan prisiones y tribulaciones. Mas nada de esto temo, ni hago mi vida mas preciosa que á mí, con tal que concluya mi carrera y el ministerio de la predicacion, el que recibí del Señor Jesus, para dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios.

Y ahora yo sé que no veréis mas mi cara todos vosotros, por quienes he pasado predicando el reino de

Dios, por lo cual os protesto en este dia, que estoy limpio de la sangre de todos, porque no he rehusado anunciaros todo el consejo de Dios. Mirad cada uno por vosotros, y los obispos por todo el rebaño en que el Espíritu Santo les ha puesto para gobernar la Iglesia de Dios, la cual ganó el Señor Jesus con su sangre. Yo sé que despues de mi partida, entrarán lobos rapaces entre vosotros, que no perdonarán al rebaño; y aun de vosotros mismos se levantarán hombres que dirán cosas perversas para llevar discípulos trás de sí. Por tanto velad, teniendo en memoria que por tres años no he cesado de amonestar con lágrimas á cada uno de vosotros. Y ahora yo os encomiendo á Dios, y á la palabra de su gracia, y á aquel que es poderoso, á Jesucristo, para edificar y daros heredad entre todos los santos... Y habiéndose arrodillado, hizo oracion con todos ellos.

Entonces se levantó grande llanto entre todos, y arrojándose sobre el cuello de san Pablo, le besaban afligidos en gran manera, porque habia dicho que no verían mas su cara. Era muy difícil separar este amable rebaño del pastor; pero san Pablo, despues de muchas lágrimas, logró, por decirlo así, arrancarse de sus ovejas; se entró en la nave, y mandando levantar anclas, se ocultó en ella sin permitir á sus ojos que se volviesen hácia su afligido rebaño, que le lloraba en la playa y se empeñaba en seguirle con la vista, único consuelo que le quedaba.

Sale con sus compañeros de Mileto, y llegan por mar á Tiro.

El primer dia dirigieron su rumbo á Cos, el segundo á Rodas, y el tercero á Patara de Licia. Aquí hallaron un navío que iba á Tiro en Fenicia. Entraron en él, pasaron cerca de Chipre, y en cuatro dias llegaron á Tiro. Esta dichosa navegacion se hizo en catorce dias desde

Troade hasta Tiro, que era de mas de doscientas leguas de mar. Ya sólo distaba Jerusalem treinta y seis, y aun faltaban diez y siete dias para la Pascua, de modo que ya nada precisaba á san Pablo á precipitar sus marchas; antes por el contrario, se hallaba con tiempo para respirar de sus fatigas y viajes. Era Tiro una ciudad de mucho comercio, donde habia una Iglesia considerable de fervorosos cristianos. San Pablo se detuvo allí siete dias, y los discípulos del Señor, que habia en Tiro, decian á Pablo por espíritu : que no subiese á Jerusalem ; pero nada hacia balancear á san Pablo en su viaje. Cuando los cristianos de Tiro vieron á san Pablo determinado á partir, fueron á su posada con sus mujeres é hijos á manifestarle su veneracion y cariño, y le acompañaron hasta fuera de la ciudad y entrada del puerto. Allí todos se arrodillaron para pedir á Dios la felicidad de la conclusion de su viaje. Acabada la oracion, san Pablo les bendijo y se embarcó con los suyos, y ellos sin dejar el puerto hasta perder de vista al navío, en que iba el hombre de Dios, se volvieron á sus casas. San Pablo desembarcó en Tolemaida, y estuvo allí un dia visitando á los cristianos; y al siguiente, caminaron todos por tierra á Cesárea. De esta ciudad habia salido el apóstol casi veinte años antes, huyendo de los lazos que los Judíos de Jerusalem empezaban á amarle en los primeros dias de su conversion, y de ella va á pasar ahora á Jerusalem á experimentar los furores de un aborrecimiento que se aumentaba con el tiempo.

Pasan á Cesárea y encuentran allí al diácono Felipe y sus cuatro hijas profetisas.

Estaba en Cesárea Felipe, uno de los siete discípulos que los apóstoles habian ordenado de diáconos para la distribucion de las limosnas. Este celoso predicador del Evangelio se habia adquirido por esto el nombre de

Evangelista, y á su casa fué san Pablo á hospedarse con sus compañeros. Tenia cuatro hijas, que todas habian hecho profesion pública de virginidad, y que profetizaban.

El profeta Agabo anuncia la prision de san Pablo.

Muy cerca estaba ya san Pablo de sus cadenas para no ser preparado para ellas. El Señor no se sirvió ni de Felipe ni de sus hijas, á pesar de ser todos tan distinguidos en los caminos de Dios, sino que quizo representarlas en un símbolo de ellas. Cuando san Pablo y sus compañeros descansaban en casa de Felipe de las fatigas de su viaje, vino de Jerusalem un profeta, llamado Agabo, el mismo que habia anunciado el hambre del tiempo de Claudio, y acercándose á san Pablo, desató el ceñidor que llevaba el apóstol, y atándose con él los piés y las manos, gritó : Esto dice el Espíritu Santo : El varon de quien es este ceñidor, así le atarán los Judíos en Jerusalem y le entregarán en manos de los gentiles. El hecho de Agabo venia á ser uno de aquellos espectáculos simbólicos que se habian visto en los tiempos de los Elías, Ezequieles y Jeremías, y que tuvo como aquellos su entero cumplimiento. Cuando vieron esto Felipe y sus hijas, y los cristianos de Cesárea, todos rogaban á san Pablo que no subiese á Jerusalem ; pero el apóstol no habia de dejar su viaje entretanto que no tuviese para ello una orden expresa del Cielo. ¿Qué haceis, mis queridos hermanos, qué haceis con esto ? les decia. Nada, sino afligir mi corazon con vuestras lágrimas. Yo no solo estoy dispuesto á ser atado, sino tambien á morir en Jerusalem por el nombre de Jesucristo. Y viendo que no podian persuadirle, cesaron, y dijeron : Hágase la voluntad del Señor.

San Pablo y demás van de Cesárea á Jerusalem y se hospedan en casa de Nason.

Ya no se trató sino de la llegada á Jerusalem. Salieron de Cesárea san Pablo, los compañeros y varios discípulos que deseaban acompañarle; entre ellos se halló un tal Nason de la isla de Chipre, y discípulo antiguo. Su casa en Jerusalem era uno de los oratorios de los cristianos, adonde acudian á la explicacion de la doctrina, á la oracion y á la fraccion del pan. En esta casa, que era muy capaz, se hospedaron san Pablo y sus compañeros con gran júbilo del piadoso Nason. Los cristianos de Jerusalem los recibieron con mucho consuelo, y al dia siguiente san Pablo fué á visitar á Santiago, su obispo, en cuya casa se juntaron todos los ancianos. San Pedro, ó se hallaba ausente y ocupado en su ministerio, ó habia pasado ya á Roma. La reunion fué de las mas agradables que en aquellos principios podian tener los ancianos de Jerusalem. Ocho años antes les habia referido san Pablo los sucesos de su apostolado, durante sus primeras misiones hechas entre los gentiles y acompañado de Bernabé; y ahora continuó su relacion desde donde la dejó entonces. Entró desde luego en la individualidad de lo que el Señor habia obrado por su ministerio en Asia, Frigia, Galacia, Macedonia y la Grecia, porque en todas estas provincias habia predicado el Evangelio y fundado muchas Iglesias, y los ancianos, oyendo la relacion de san Pablo, magnificaban á Dios. Pero las predicciones del Espíritu Santo, hechas á san Pablo en todo su viaje, principiaron á cumplirse. Andaba el apóstol repartiendo en los primeros dias el precioso tesoro de las limosnas, que habia reunido con tanto celo y que deseaba tanto depositar en el seno de sus santos pobres, sin que esto le impidiese pasar orando largos ratos en la casa de Dios; pero aquí fué precisamente donde se encontró con las

cadena anunciadas tantas veces y representadas por el profeta Agabo.

Vienen Judios del Asia á Jerusalem y excitan una sedicion contra san Pablo.

Los Judios incrédulos, que habian venido del Asia á celebrar la Pascua en Jerusalem, vieron á san Pablo en el templo, y alborotando al pueblo, echaron mano de él, gritando: Varones de Israel, favor. Este es el hombre que en todas partes enseña á todos contra el pueblo, contra la ley, y contra este lugar santo. Además ha introducido gentiles en el atrio del templo, en que no deben entrar, y ha profanado este santo lugar. Decian esto, porque habian visto andar con san Pablo por la ciudad á Trofimo de Efeso, que era gentil, y creyeron falsamente que Pablo le habia metido en el templo. Toda la ciudad se conmovió, y corriendo todo el pueblo, se apoderó de san Pablo, le echó fuera del templo, y al momento fueron cerradas las puertas, para que no pudiese volver á entrar en él, porque era lugar de asilo; como si no lo hubiera sido al prenderle. Quisieron matarle en aquel momento, pero fué avisado el tribuno de la cohorte que toda Jerusalem estaba en alboroto, y este, tomando soldados y centuriones, corrió allá, y los alborotados, luego que vieron venir al tribuno y los soldados, dejaron de golpear á san Pablo. Entonces se llegó á san Pablo el tribuno, le mandó atar con cadenas (cumpliéndose así la profecía de Agabo), y preguntó quién era aquel hombre, y qué habia hecho; pero en la turba, unos gratiban uno, y otros otro, y no pudiendo saber cosa cierta por causa del tumulto, mandó que le llevasen á la fortaleza. Mas cuando llegó á las gradas de la entrada, fué necesario que los soldados le subiesen en peso por causa de la violencia del pueblo; pues le seguia gritando (como habia hecho con su divino

Maestro), quítale de delante, quítale la vida; y cuando principiaban á meter á san Pablo en la fortaleza, dijo este al tribuno: ¿Me es permitido hablarte dos palabras? ¿Sabes griego? le preguntó el tribuno, ¿ó eres quizás aquel Egipcio que moviste hace pocos dias un alboroto, y llevaste al desierto cuatro mil salteadores? (Esta faccion habia sido deshecha por el gobernador Félix, segun Josefo.) Yo, dijo Pablo, soy en verdad un hombre judío, ciudadano de Tarso, noble ciudad de Cilicia, pero te ruego que me permitas hablar al pueblo; y habiéndoselo permitido el tribuno, poniéndose Pablo sobre las gradas, hizo señal con la mano, y habiendo quedado todo en silencio, les habló en lengua hebrea, diciendo:

Discurso de san Pablo á los Judíos.

Varones, hermanos y padres (les daba este tratamiento por causa de los sacerdotes, senadores, y otras personas distinguidas que habia en aquella confusion reunida), hermanos y padres, oid mis razones. Y cuando oyeron que hablaba en lengua hebrea, le escucharon con mas atencion y silencio. Yo soy Judío, dijo, que he nacido en Tarso, ciudad de Cilicia, pero me he criado en esta ciudad de Jerusalem. He sido instruido á los piés de Gamaliel, segun la ley de nuestros padres: fui celador de la ley, así como todos vosotros lo sois en el dia de hoy; y perseguí de muerte este camino (esta religion de los cristianos), prendiendo y metiendo en cárceles hombres y mujeres. El príncipe de los sacerdotes y los ancianos me son testigos, de los cuales, habiendo tomado cartas para los hermanos, iba á Damasco con el fin de traerlos de allí atados á Jerusalem para que fuesen castigados; pero acaeció, que cuando yo iba y me hallaba ya cerca de la ciudad, al medio dia, me ví rodeado repentinamente de una gran luz del cielo, y

cayendo yo en tierra, oí una voz que me decia: Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues? Y yo respondí: ¿Quién sois, Señor? Y me dijo: Y me dijo: Yo soy Jesus Nazareno, á quién tú persigues. Y los que estaban conmigo vieron la luz, mas no oyeron la voz del que hablaba conmigo. Y dije: ¿Qué haré, Señor? Y me dijo el Señor: Levántate, y vé á Damasco. Allí te será dicho todo lo que conviene que hagas. Y como hubiese quedado deslumbrado por la claridad de aquella luz y no viese, me llevaron de la mano los compañeros y me condujeron á Damasco.

Un cierto Ananías, varon segun la ley, de quien daban buen informe todos los Judíos que moraban en Damasco, viniendo á mí, y poniéndoseme delante, me dijo: Saulo, hermano, recibe la vista; y en el mismo instante le ví, y me dijo: El Dios de nuestros padres te he preordenado para que conocieses su voluntad, vieses al Justo (por esencia), y oyases la voz de su boca, porque tú serás su testigo delante de todos los hombres, de las cosas que has visto y oido. Y ahora, ¿porqué te detienes? Levántate, y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre; y así fué, que cuando volví á Jerusalem, y estaba orando en el templo, fui arrebatado fuero de mí, y le ví (á Jesucristo) y oí que me decia: Dáte prisa y sal luego de Jerusalem, porque no recibirán tu testimonio acerca de mí. Yo dije: Señor, ellos mismos saben que yo era el que encerraba en cárceles, y azotaba por las sinagogas á los que creían en vos, y que cuando se derramaba la sangre de Estéban, vuestro primer mártir, yo estaba presente, lo consentia, y guardaba la ropa de los que le mataban; ¿pues cómo no han de recibir un testimonio como el mio? Y me dijo el Señor: Parte de aquí porque á naciones lejanas te enviaré.

Habian escuchado á san Pablo hasta aquí con su silencio que no podia esperarse de un pueblo alborotado, pero luego que oyeron esta palabra *naciones*, á las que profesaban un odio irreconciliable, y que san Pablo iba